

## LA ANARQUÍA DEL SOL

*Todo el mundo sabe que el tiempo es muerte,  
muerte que se esconde en los relojes.*

**Federico Fellini**

### I

La diligencia traqueteaba ruidosamente por los polvorientos caminos de Tierra de Campos. Entre el bronco rumor de las ruedas y el trepidar de los cascos de las caballerías, se dejaban oír los gritos del mayoral desde el pescante y los del zagal, este último aupado sobre una de las mulas delanteras que, en número de seis, arrastraban mal que bien el desvencijado carruaje. Cuando se presentaba una cuesta, el zagal se apeaba de su montura y ya desde el suelo, corriendo a la par que el vehículo, instaba a las acémilas, con latigazos y pedradas, a que cumplieran con su penosa misión, entre una sarta de maldiciones y procaces blasfemias que, por inconvenientes, no parecían encontrar acomodo en su voz casi infantil y estaban causando el sonrojo y la desazón de un par de pudorosas damas que viajaban en la rotonda del carricoche. Contrastando con las imprecaciones del rapazuelo, el conductor arengaba a los semovientes desde el pescante, prometiéndoles dobles raciones de cebada y descansado relajo, con tan vehemente locuacidad que los sufridos animales parecían entenderle. Una vez superada la pendiente, el muchacho volvía a trepar ágilmente al lomo de la caballería más cercana, atenuaba el flujo de

sus atrocidades verbales y la diligencia recobraba su tránsito regular hasta el siguiente repecho.

Acomodado en el cupé del carruaje, tras el pescante, José Rodríguez Losada disfrutaba realmente del pintoresco espectáculo que ofrecían tanto el paisaje estepario, apenas verdeado por algunos campos de labor y ocasionales choperas en los márgenes de riachuelos escuetos, como las teatrales evoluciones del mayoral y su pequeño ayudante. Consultó su reloj de bolsillo –una saboneta construida por él mismo-, y resumió que, si la animosidad de ambos aurigas no decaía demasiado y las mulas mantenían su fe en la recompensa final, llegarían a Astorga antes del anochecer.

A mediodía arribaron a León, donde estaba prevista una parada de dos horas. Losada aprovechó para recorrer la ciudad, después de tomar un frugal refrigerio en el mesón del Pico, habitual punto de confluencia de tratantes, arrieros y viajeros. Al visitar la Catedral, su deformación profesional le llevó a lamentar el mal estado del carillón de la torre sur, maltrecho y detenido en una hora añeja y extemporánea. Se dijo a sí mismo que algún día procuraría un cronógrafo digno para el regio templo, como había hecho no hacía mucho con el que ya campeaba en el edificio de la Gobernación, en la madrileña Puerta del Sol. Al cabo, transcurrido el tiempo determinado para el descanso de hombres y bestias, la diligencia retomó su camino rumbo a la capital maragata. El sol descendía ya tras la cima del Teleno cuando la comitiva arribó a Astorga. El zagal rescató el equipaje del relojero Losada de la baca del carricoche y se ofreció a trasladarlo a donde el viajero dispusiese. Tras una corta caminata, llegaron a una fonda, frontera a la catedral astorgana, donde nuestro hombre tomó habitación, tras largarle unas monedas al porteador, el cual las

agradeció con una sonrisa que dejó al descubierto su acaballada dentadura, retirándose posteriormente.

Después de cenar, Losada se dio un paseo por la plaza del Ayuntamiento, a fin de conocer y observar el funcionamiento del “Maragato”, el pintoresco carillón que, situado en la fachada del palacete consistorial, medía el tiempo de los astorganos, ayudado en su misión por una pareja de autómatas ataviados con el traje típico local que martilleaban las campanas cada cuarto de hora. Aunque, de acuerdo con su saboneta, el curioso reloj atrasaba algunos minutos, no dejó de apreciar el ingenio, lamentando no tener más tiempo para conocer de cerca su mecanismo. Al día siguiente había de trasladarse a Iruela, su pueblo natal, al que no había vuelto desde su adolescencia. Entre los preparativos del viaje, había contactado por carta con el párroco de la aldea –única “autoridad” de la minúscula población-, con el ruego de que le procurara transporte desde Astorga. El sacerdote se había ofrecido él mismo a recogerle en su calesín, a la mañana siguiente de la llegada del relojero a la villa, puesto que tenía que resolver unos asuntos en el obispado asturicense y podía acomodar las fechas a conveniencia de ambas partes. En una posterior misiva, en la que Losada le comunicaba al presbítero la fecha de su arribo, instaba a éste a concretar la hora de recogida, a lo que el sacerdote respondió lacónicamente que sería “temprano”, puesto que había muchas leguas por recorrer antes de llegar a Iruela. Tal imprecisión le dio ya a nuestro viajero una idea de la ambigua valoración que del tiempo se tenía por aquellos perdidos pagos, lo que chocaba con el rigor que gobernaba su actividad profesional y, por extensión, toda su vida.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando el relojero salió de la fonda, y a pesar de que no hacía mucho que el “Maragato” había desgranado no más que seis

campanadas, ya el cura le aguardaba encaramado a su modesto carruaje, tirado por un único macho. El presbítero se tocó la teja, a modo de saludo y, luego de ayudarlo a colocar su reducido bagaje en la cajuela posterior, le instó a que tomara asiento junto a él, bajo la capota. Una vez cruzados los saludos de rigor, se pusieron en camino. El mulo llevaba buen trote, de modo que pronto dejaron de verse, a sus espaldas, las torres de la Seo astorgana. Después de algunas banales conversaciones sobre los avatares del trayecto desde Madrid, ambos compañeros de viaje quedaron en silencio durante un par de leguas, momentos que aprovechó Losada para estudiar de reojo al clérigo. Tanto su sotana como la teja que remataba su testa, y que se calaba de vez en cuando para evitar que el viento se la llevase, estaban viejas y raídas, con varios lamparones y brillos que denotaban su mucho uso. Aun así, cabía deducir que aquél era el mejor atuendo que poseía, dada la formalidad que se le suponía a la gestión que le había llevado hasta el episcopado astorgano. Le resultó imposible calibrar la edad del desastrado sacerdote, aunque desde luego parecía haber alcanzado, al menos, la dignidad sexagenaria. A mediodía llegaron a Castrocontrigo, localidad divisoria entre la Valdería y la Cabrera, comarca esta última donde se enclavaba su pueblo de destino. Almorzaron en una tasca donde el presbítero debía ser bastante conocido, pues fue saludado por varios parroquianos. El ríspido vino de la región propició la desinhibición y acabó por acrecer la confianza entre los dos ocasionales compañeros de viaje, de modo que, tras la comida y con un humeante café de puchero como testigo, el relojero, a instancias del tonsurado, le habló de su periplo vital desde que abandonara Iruela en busca de mejores y más gratos horizontes. Le relató su inicial establecimiento en Madrid, su huida a Francia, acusado de liberalismo, y su ulterior recalada en Londres, ciudad en la que también habían sentado sus reales otros muchos

exiliados hispanos, y donde aprendió el oficio de relojero de forma tan provechosa que pronto su fama traspasó fronteras y llegó hasta los estamentos gobernantes de nuestro país, de guisa que, una vez desaparecida la inquina antiliberal y restituida Isabel II en el trono, la Armada Española contrató con Losada la confección de varios cronógrafos marinos, lo que habilitó su vuelta al terreno patrio.

-¡Vaya con Joselín! –espetó el cura.

El relojero dio un respingo. Era la primera vez en más de veinte años que alguien se refería a él de aquella forma, y el familiar apelativo concitó en su mente recónditas imágenes de su pubertad, escenas añejas y retazos de memoria que ya creía olvidados. Entonces identificó finalmente a su interlocutor con aquel curilla joven y vivaracho que tantas veces le había estirado de las orejas por no acudir a los oficios religiosos. El sacerdote había cambiado mucho, aunque ahora reconocía aquellos ojillos vivaces que parecían no perderse detalle de todo cuanto les rodeaba. Amparados por la recién recuperada complicidad, ambos viajeros estallaron en carcajadas.

El resto del viaje fue ya más distendido. Cura y relojero se contaron mutuamente sus andanzas en aquellos cinco lustros de ausencia de Joselín. En un momento del trayecto, el párroco detuvo de pronto el calesín y, mirando a Losada con el entrecejo fruncido, le preguntó:

-¿Qué manía es esa de medir el tiempo?

El relojero le miró, enarcando las cejas con estupor.

-¿Qué quiere decir...?

El presbítero arreó de nuevo al macho antes de responder.

-Que no me parece materia mensurable, el tiempo. Algo que es inagotable, eterno, no puede caber en ningún tipo de márgenes o magnitudes. Es como querer cuantificar la luz que entra por nuestra ventana, el aire que invade un espacio o el sonido del viento batiendo las hojas de los chopos. El tiempo, el aire, la luz.. Son conceptos abstractos que no podemos constreñir en los estrictos y cicateros límites de métrica alguna.

-Bueno... -replicó Losada-, eso es discutible. El realidad, todo es medible, con la posible salvedad del Universo...

-Bien, bien –atajó el tonsurado-, pero, aun admitiendo eso, ¿para qué hacerlo? ¿Cuál es, finalmente, la utilidad, la funcionalidad de tal empeño?

-Pero, padre, el hombre tiene que regular su paso por la vida de alguna manera... ¡Seguro que hasta en Iruela la gente se rige por determinados lapsos temporales!

El de la sotana pareció dudar un momento.

-Bueno, supongo que, de alguna manera, así es. En consecuencia, y visto de ese modo, yo debo de ser el tiempo en Iruela. El reloj de la aldea.

Losada mostró claros signos de no entender nada. Ante el evidente desconcierto del relojero, el cura continuó:

-Quiero decir que yo soy el humilde cronómetro de los aldeanos. Se levantan cuando oyen tocar a maitines, detienen su labor para rezar cuando resuena el ángelus y retornan a sus casas al toque de ánimas, que por aquí llamamos de “recoger perdidos”. Los domingos, acuden a misa tras escuchar los tres toques previos de la

campana María. La vecera, la hacendera y otras labores comunales son igualmente anunciadas y convocadas por mis campanadas...

-Pero usted, para emitir todos esos avisos, tiene que regirse por algo –contraatacó Losada.

-Sí claro. Por mi instinto, por mi real gana, o como quieras llamarlo –respondió el párroco.

El fabricante de relojes, sacudió la cabeza, sonriendo con benevolencia.

-Al fin y al cabo, ¿qué más da a qué hora se haga cada cosa? –prosiguió el religioso- ¿Vale más una plegaria si el ángelus ha sonado a las doce en punto? ¿Es más solemne una misa convocada a una hora precisa? ¿Aprovecha más una colación si el toque de refección se ajusta a la tiranía del reloj? Si al mismo Dios le bastaron los días como disciplina temporal cuando acometió la grandiosa labor de crear nuestro mundo, ¿vamos ahora nosotros a enmendarle la plana, fraccionando el tiempo en unidades tan ínfimas como los minutos o los segundos para administrar nuestras miserables vidas, nuestras insignificantes obras?

-No puedo creer lo que estoy oyendo –dijo Losada, riendo-; el tiempo lo gobierna todo. El movimiento de los planetas, el cambio de las estaciones... Incluso el sol sale y se pone todos los días a intervalos determinados y...

-¡Menudo mentiroso, el sol! –interrumpió el avisado sacerdote- En verano alumbra durante casi todo el día, mientras que en invierno apenas luce durante unas pocas horas cada jornada, ¿qué formalidad es esa? Por no contar con los días en los que

se esconde tras un celaje de nubes. Si tuviéramos que conducirnos por el sol, apañados estaríamos.

El relojero renunció a seguir con el debate, apreciando en el fondo la particular filosofía del vicario. En verdad resultaba aceptable y lógico que los pobladores de aquellos perdidos lugares no tuvieran en gran estima ninguna disciplina horaria, ningún canon cronológico. El tiempo mismo parecía haberse detenido allí, apenas insinuado en conceptos amplios y generales como el cambio de las estaciones o las fases lunares. Entre bromas y veras, arribaron finalmente a Iruela poco antes de la puesta del sol, ese sol que el peculiar párroco tildaba de trapacero. En la comunicación epistolar previa al viaje de Losada, el cura, además del transporte, había brindado al relojero alojamiento en la casa rectoral, de manera que allá se dirigieron directamente. La vivienda usufructuada por el sacerdote era pequeña, construida en piedra y con tejado de pizarra a una sola agua, pero su interior era confortable y pulcro, de lo cual se encargaba la fámula, una mujer de edad aproximada a la del relojero que salió a recibirles no más escuchó los cascos del mulo sobre el camino pedregoso, secándose las manos en el mandil, en un gesto que tenía más de azarado que de higiénico.

-¿Sabes quién es este, Rosario? –le preguntó el cura, mientras saltaba a tierra desde el calesín.

-Sí... -respondió ella, con risita nerviosa-, el señor Joselín...

A Losada le resultó chocante que tan formal tratamiento fuera, sin embargo, aplicado a su mote juvenil, pero, a esas alturas, estaba dispuesto ya a aceptarlo todo de buen grado, de modo que saludó a la doméstica con una cortés inclinación de cabeza,

mientras descargaba su bagaje e intentaba rescatar de su memoria el recuerdo de aquella mujer, cuyos rasgos le resultaban bastante familiares. El sacerdote pareció adivinar el pensamiento del visitante.

-Rosario es prima tuya, Joselín –aclaró, mirando alternativamente a uno y a otra-; ¡Vaya...! Prima segunda, ¡no me dirás que no tenéis un aire..! Bueno, en cualquier caso, en una aldea tan pequeña como esta, raro es el que no está emparentado con alguno de sus convecinos.

Losada recordó entonces a una chiquilla rubia y cantarina, compañera ocasional de sus juegos infantiles.

-Rosario... -murmuró, entornado los ojos-; claro... ¡La Charines!

-Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así –dijo la aludida, poniéndose como un tomate-, pero, sí, esa es una servidora de usted.

-Por Dios, Charines, ya que me has llamado Joselín, lo menos que puedes hacer es tutearme, ¡que somos parientes! –apuntó jovialmente el relojero.

-Bueno, basta de cháchara –espetó el párroco-; Rosario, lleva el equipaje de Joselín al cuarto de invitados y disponte a servirnos la cena, que el camino ha sido largo y fatigoso y todos tendremos ganas de retirarnos a descansar... Aunque el reloj de aquí, el amigo, quizá se empeñe en decir lo contrario.

El invitado inició un ademán inconsciente de extraer su saboneta del bolsillo del chaleco, pero, al darse cuenta de la inconveniencia del gesto, abrió finalmente los brazos, meneando la cabeza con resignación.

-Lo que diga el mosén, reloj de la aldea y Saturno local –repuso jovialmente.

## II

Al día siguiente, tras un tosco pero alimenticio desayuno preparado por Charines, a base de leche migada y un bizcocho hecho por ella misma, cura y relojero se dispusieron a darse un garbeo por la aldea. La extensión del caserío no daba para mucho, de modo que al cabo de tres cuartos de hora ambos paseantes habían recorrido la totalidad de las callejuelas, confluyendo finalmente en la tasca de Román, un establecimiento situado en la plaza, frente por frente de la iglesia, y que cumplía las funciones de cantina, estanco y tienda de los más variados artículos, desde alpargatas y loza hasta ultramarinos o artículos de mercería. Antes de entrar en la tasca, Losada dirigió su mirada a la iglesia, en cuyo frontis campeaba un vetusto reloj de sol. La diferente calidad y textura de la piedra del artilugio, respecto a la del resto de la construcción, revelaba una antigüedad superior a la del edificio que lo albergaba. Seguramente procedería de un templo anterior, ya desaparecido; las líneas de solsticios y equinoccios, analema y signos zodiacales se hallaban medio borrados por las inclemencias de la intemperie. De todas formas, el día había amanecido nubloso, así que hubiera resultado inútil, en cualquier caso, intentar establecer la hora con la ayuda de tal artificio. El presbítero pareció de nuevo entrever los pensamientos de Joselín.

-Amigos y relojes de sol, sin nubes, sí; con nubes, no- sentenció el religioso.

-Si usted lo aceptara –ofreció Losada-, yo podría, remitirle un carillón que ocupara el lugar de ese longevo reloj solar y solventara sus evidentes carencias. Es lo menos que podría hacer para agradecer su hospitalidad y acogimiento...

-¡Quita, quita...! –rechazó el cura-. Sólo me faltaba a mí apechugar con la servidumbre de dar cuerda a semejante engendro, con la de cuidados que tengo ya que atender. Te lo agradezco, Joselín, pero es que además no nos hace ninguna falta.

-¿No será que teme que el reloj le reste protagonismo, que merme su influencia sobre las gentes de la aldea? –apuntó, zumbón, el relojero- Ay, padre, padre... que eso me parece a mí un poquito de pecado de soberbia, porque el carillón vendría a suplir y aun aventajar sus tareas avisadoras.

El párroco se caló la teja concienzudamente mientras meditaba unos instantes. Al cabo, repuso:

-No, hijo, no es eso, no es eso... Un reloj es un aparato frío e insensible, inexorable e inmisericorde, que no tiene en cuenta las circunstancias de los hombres, sus coyunturas. Yo puedo adelantar la llamada al rosario si, por ejemplo, veo que se avecina una tormenta, o me arrogo la potestad de demorar el toque de ánimas en verano, cuando los días son largos y hay que aprovechar la luz para las labores del campo. También puedo anticipar el ángelus si el veterinario o el médico van a girar visita al pueblo al mediodía, o si es día de mercado... En fin, que más que gobernar las vidas de mis feligreses, como haría tu artefacto, lo que hago es acomodarme a sus necesidades, sin que ni ellos mismos se den cuenta. Si eso es soberbia, Joselín, venga Dios y lo vea.

José prorrumpió en carcajadas. El tonsurado le palmeó la espalda, conminándole a que penetrara en el garito de Román.

-Mientras este cura tenga fuerzas y salud –remató-, aquí no va a hacer falta Cronos alguno. Pero, ya digo, agradezco tu ofrecimiento.

Momentos más tarde se encontraban disfrutando de unos vasos de vino, sentados a una mesa de madera ennegrecida. De repente, el sacerdote miró inquisitoriamente a su compañero.

-¿Por qué has vuelto, Joselín?

Losada se mostró extrañado de la pregunta. Tomó un sorbo de su vaso y respondió.

-Bueno, yo nací aquí, tenía ganas de volver a ver todo esto. Creí llegada la hora de regresar.

-La hora, la hora... -refunfuñó el presbítero-. Podías haber dicho “el momento” o “la ocasión”; son conceptos más humanos, más acordes con los sentimientos o, quizá mejor dicho, con los “presentimientos”; más cercanos a la humana condición. La hora es una noción inmóvil, inhumana, rígida y encorsetada. El hombre debe regirse por momentos, de duración indefinida, no por minutos de muerte anunciada. Así que no digas sandeces, Joselín: aquí te ha traído tu instinto o quizá tu nostalgia, y no ese ridículo cacharro que llevas en el bolsillo del chaleco, colgando de una leontina de oro que de alguna forma te encadena también a ti.

José meneó la cabeza, como dejando por imposible al tonsurado filósofo.

-Sí, seguramente tiene usted razón. Pero ya es tarde para renegar de esta disciplina que, además, se ha convertido en mi medio de subsistencia.

-También el de enterrador es un oficio de subsistencia –remató el sacerdote-, pero no conozco ningún sepulturero que se haya inhumado a sí mismo.

-Ni yo ningún cura que pueda aplicar la absolución en su propia persona –se defendió el relojero-, así que el que esté libre de pecado...

Ambos compañeros rieron de buena gana, entrechocando sus vasos. En esto, se acercó Román el cantinero.

-Padre, ¿no va siendo hora de tocar al ángelus? –insinuó-. Que luego me viene la gente muy tarde para la partida...

-¡Yo diré cuándo se toca o no se toca! –replicó el aludido-, ¿te vengo yo a ti a decir cuándo tienes que abrir tu cochina tasca?

-No, pero sí cuándo tengo que cerrarla. Y además, desde el púlpito, para que se entere todo el pueblo.

-Eso es diferente –repuso el párroco-, uno tiene que velar por las buenas costumbres de los feligreses. Anda, cóbrate estos chatos y deja de meterte en lo que no te importa.

No obstante, nada más abandonar la taberna, el presbítero, siempre en compañía de Losada, se apresuró a acercarse a la iglesia para tañer la campana María.

### III

Los días siguientes transcurrieron lenta y placenteramente. Sin normas horarias ni limitaciones temporales más allá de las aconsejadas por la cordura, las costumbres y el sentido común, vicario y relojero alternaron sus paseos por el pueblo con las incursiones en la tasca de Román, sobre cuyos desgastados veladores siguieron disertando amigablemente sobre lo divino y lo humano.

Al cabo, Losada creyó llegada la hora –o, mejor dicho, “el momento”- de abandonar Iruela y retornar a sus habituales ocupaciones. Una mañana temprano, el curilla aparejó su calesín y trasladó al relojero a Astorga a fin de que enlazara con la diligencia que le había de reintegrar a su vida cotidiana. Visitante y visitado se prometieron de manera mutua mantener comunicación epistolar para estar al tanto el uno del otro y se despidieron cordialmente.

Transcurridos unos cuantos meses, José Rodríguez Losada recibió una carta del sacerdote en la que le decía que, si seguía en pie su ofrecimiento, agradecería le enviara el carillón para la iglesia, y entonces el relojero supo que algo andaba mal. No obstante, dispuesto a mantener su promesa, se apresuró con los preparativos y en unos pocos días pudo consignar al Obispado de Astorga las cuatro cajas que contenían toda la maquinaria, con el ruego de que las reexpidieran a Iruela.

Pero antes de que la mercancía alcanzara su destino, Losada recibió una nueva misiva, esta vez remitida por Charines, en la que le enteraba del fallecimiento del inefable cura. El reloj de la aldea, el Saturno de Iruela, había dado su última campanada.

### *Epílogo*

*El carillón enviado por Losada nunca llegó a Iruela. Las dificultades para trasladarlo desde Astorga y su posterior instalación, fueron demorando el asunto. Parece ser que, pasado mucho tiempo, los herederos del relojero reclamaron desde Londres su devolución, pero hay quien dice que las cajas con las piezas aún acumulan polvo y olvido en algún oscuro almacén municipal de la villa astorgana.*

*La plaza del extinto vicario fue cubierta por un recién ordenado cura que viajó a Astorga desde el seminario de San Froilán de León, en la misma diligencia que acercó un día al relojero Losada a su tierra natal. También fue recogido, a las puertas del palacio episcopal astorgano –tras una breve audiencia con el mitrado asturicense-, por el calesín del finado, ahora conducido por Román, el cantinero de Iruela.*

*Mientras el tasquero aupaba el exiguo equipaje del sacerdote al portabultos del vehículo, éste le preguntó si llegarían a tiempo para el toque de ánimas. Román miró de soslayo al curita y respondió:*

*-Eso depende más de usted que de mí o de este mulo.*

*-¿Qué quiere decir? –inquirió el recién llegado, mientras subía al pescante.*

*Román se ajustó la boina, tomó asiento junto al religioso y sacudió levemente las riendas para que el macho iniciara la marcha, antes de responder.*

*-Que el sol –repuso finalmente- siempre llega a tiempo para el amanecer.*